

Tras «Días sin huella», R. C. Maícas publica el segundo volumen de sus diarios

Carreteras secundarias

Manuel Arranz

Todos los diarios son literarios. No sé si merece la pena justificar esta afirmación. Es posible, no lo descarto, que haya diarios que no son literarios. Pero en ese caso serían las excepciones, de modo que mantenemos el axioma: todos los diarios son literarios, e incluso, recalcitrantes como somos, añadimos: sobre todo los que se pretenden no literarios. No es éste el caso de *La marea del tiempo*, un diario literario confeso y mártir, un diario sin complejos si me permiten la expresión, en el que el lector va a encontrar literatura a raudales, como por lo demás no podía ser menos, pues su autor es el fundador de una de las empresas culturales y literarias más rigurosas y atractivas de los últimos años: la revista *Turia*, esa especie de buque fantasma, en la que él mismo publica periódicamente las jugosas entradas de sus diarios bajo el epígrafe de «La isla». Y si citamos esta circunstancia del autor es para establecer ya un par de premisas. La primera es que conoce de primera mano, y desde

hace bastante tiempo, el revuelto mundo literario de nuestro país, y la segunda es que no aprovecha ese conocimiento para revolverlo todavía más. Raúl Carlos Maícas no insulta ni ajusta cuentas con nadie, o lo que es lo mismo no escribe *ad maiorem gloriam suam* como suele ser habitual en estos casos. Algo que le honra sin duda, pero también una ocasión perdida, porque habría vendido más ejemplares. Hoy en día, como saben, nada vende más que el insulto y la salida de tono. Claro que también podría darse el caso, cosas más raras se han visto, de que quedarán lectores a los que todavía les guste la literatura por la literatura, y para esos es precisamente para los que escribe Raúl Carlos Maícas. Dicho lo cual, no vaya nadie a pensar que nuestro autor tiene una idea clemente de la literatura, o que la indigencia cultural y la mediocridad, de tanta rai-gambre y solera en nuestro país, le dejan indiferente, todo lo contrario. En estos diarios hay, por supuesto, lecturas, brillantes e inteligentes, hay confesiones,

hay homenajes, hay celebraciones, y hay, faltaría más, desahogos. Los ingredientes básicos de todo buen diario. «*Páginas un tanto cotillas y supuestamente autobiográficas*», o «*prosas misceláneas y saltimbanquis*», como las llama el propio autor, son, si se me permite la comparación, como una buena conversación con un amigo, una de esas conversaciones que no necesitan whisky, y lo siento por los que no conciben la literatura sin alcohol, en la que los personajes públicos que salen a colación lo hacen sin disfraz y los privados con una somera máscara que no engañará a sus íntimos, y menos todavía a los propios aludidos. Se nos habla en ellos de los últimos años del pasado siglo, que son, no se olvide, los últimos años de una época, y todavía no sabemos si sería más exacto decir que aquellos lodos trajeron estos polvos, o todo lo contrario. Nos referimos de nuevo, claro está, a la indigencia y a la mediocridad aludidas. Poco importa por lo demás, ambas son materias bastante inestables y tornadizas, pues ambas son, en de-



Raúl Carlos Maícas

La marea del tiempo

Candaya, Barcelona, 2007

finitiva, la misma materia. En fin, digamos también que estos diarios tienen cualidades poco frecuentes hoy en un género tan frecuente. Son amenos, sinceros, autocríticos, el autor no pre-

tende ser el mejor cronista de su época, ni el que mejor escribe hoy, ni el observador más agudo de la realidad, ni un clásico vivo, como ese conocido ególatra X de las últimas páginas, cosas todas ellas que le agradeceremos. Tampoco pretende escribir para la posteridad, que es la forma más segura de que le olviden a uno al día siguiente de su muerte. Escribe porque sí, y para sí. «*Un modesto eremita. Un solitario y desconocido grafómano*», que más que un cronista es un *voyeur*, como él mismo se define, un vicio éste que reivindica, pues a fin de cuentas leer también lo es. Y no me resigno a terminar esta reseña sin citar una de las frases que más me han gustado de estos diarios. No es del autor, al autor también le cautivó como a mí, y se apresuró a anotarla. Es de M (Martirio, sí, la de las peinetas y las gafas negras) y dice así: «*Sólo hay amor cuando el sonido de los móviles no tapa [sic] el de los corazones*». Ah, y lo olvidaba, si está usted últimamente necesitado de fantasías sexuales, no se pierda la receta para provocar sueños eróticos de Remedios Varo que ha tenido la amabilidad para con sus lectores de incluir aquí el autor. Está entre las páginas 128, 129 y 130. No tiene desperdicio se lo aseguro. Yo ya la he probado. Infalible.

LEVANTE

15/6/2007